

Antonio ALVAR EZQUERRA

ROMA, AL FINAL DEL CAMINO

1. INTRODUCCIÓN

En el último siglo de la República, hombres grandes como Pompeyo o César se afanaron por dotar a la ciudad de Roma de una imagen acorde con su condición de señora del mundo. Títiro, el pastor de la primera bucólica virgiliana apenas regresado de Roma, fue uno de los primeros en manifestar la impresión causada por su grandeza:

Vrbem quam dicunt Romam, Meliboee, putau
 stultus ego huic nostrae similem, quo saepe solemus 20
 pastores ouium teneros depellere fetus.
 Sic canibus catulos similis, sic matribus haedos
 noram, sic paruis componere magna solebam.
 Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes
 quantum lenta solent inter uiberna cupressi.

[La ciudad a la que dicen Roma, Melibeo, pensé, / necio de mí, que era como esa nuestra, do a menudo solemos / los pastores tiernas crías de ovejas bajar. / Así, cual los perros sus cachorros, cual sus madres los cabritos / sabía, y solía comparar con lo pequeño lo grande. / Mas ésta tanto alza su cabeza entre las otras ciudades / como suelen los cipreses entre los flexibles durillos.]

Aún más, los tiempos de Augusto, de frenética actividad edilicia, permitieron en buena medida sustituir la vieja ciudad de barro y ladrillo por otra espléndida de mármol¹. Los sucesores del primer emperador y, en especial,

¹ Baste recordar las muy explícitas noticias del propio Augusto en su testamento político contenido en el *Monumentum Ancyranum*: [19.1] *Curiam et continens ei Chalcidicum, templumque Apollinis in Palatio cum porticibus, aedem diui Iulii, Lupercal, porticum ad circum Flaminius, quam sum appellari passus ex nomine eius qui priorem in solo fecerat Octauiam, puluinar ad circum maximum, [2] aedes in Capitolio Iouis Feretri et Iouis*

Nerón y Domiciano —sobre todo este último— acometieron nuevos y ambiciosos programas de renovación, que convirtieron la ciudad en la más espléndida de las que se asomaban a las riberas del Mediterráneo². De nuevo, otro pastor, esta vez el anciano Coridón, cuenta a su amigo Licotas las maravillas que ha tenido oportunidad de contemplar en la ciudad con ocasión de unos juegos ofrecidos por el emperador, a quien, sin embargo, no ha podido ver de cerca debido a sus pobres vestiduras, pero cuyo rostro compara, sin titubeo, con los de Marte y Apolo³; y junto a este Coridón, otros muchos se hicieron voces de las grandezas de la ciudad, devorada por incendios y, cual ave Fénix, renacida con mayor esplendor cada vez. Otros emperadores, como Trajano o Adriano en el s. II, como Caracalla, Aureliano o Diocleciano en el s. III, o como Constantino en el s. IV⁴, continuaron transformando la imagen de la capital del Imperio, con mayor o menor intensidad y fortuna, para adecuarla a los nuevos tiempos y a las nuevas exigencias.

Es cierto que en el s. IV la ciudad había perdido buena parte de su protagonismo en los acontecimientos del Estado pero para entonces había alcanzado ya la condición de *aurea*, adjetivo que le aplican no pocos escritores, desde Ovidio y Marcial a Ausonio y Prudencio, en estos últimos casos como expresión de una idea abstracta —la de la civilización frente a la barbarie— más

*Tonantis, aedem Quirini, aedes Mineruae et Iunonis Reginae et Iouis Libertatis in Auentino, aedem Larum in summa sacra uia, aedem deum Penatium in Velia, aedem Iuuentatis, aedem Matris Magnae in Palatio feci. [20.1] Capitolium et Pompeium theatrum utrumque opus impensa grandi refeci sine ulla inscriptione nominis mei. [2] Riuos aquarum compluribus locis uetustate labentes refeci, et aquam quae Marcia appellatur duplicaui fonte nouo in riuum eius inmisso. [3] Forum Iulium et basilicam quae fuit inter aedem Castoris et aedem Saturni, coepta profligataque opera a patre meo perfeci et eandem basilicam consumptam incendio ampliata eius solo sub titulo nominis filiorum meorum incohauit, et, si uiuus non perfecissem, perfici ab hederibus meis iussi. [4] Duo et octoginta templa deum in urbe consul sextum ex auctoritate senatus refeci, nullo praetermisso quod eo tempore refici debebat. [5] Consul septimum uiam Flaminiam ab urbe Ariminum refeci pontesque omnes praeter Muluium et Minucium. [21.1] In priuato solo Martis Vltoris templum forumque Augustum ex manibiis feci. Theatrum ad aedem Apollinis in solo magna ex parte a priuatis empto feci, quod sub nomine M. Marcelli generi mei esset... Vid. *Res Gestae diui Augusti*, ed., trad. y com. de J.M. Cortés, Madrid, Ed. Clásicas, 1994.*

² Vid., entre otros muchos estudios, J.R. Patterson, «The city of Rome: from Republic to Empire», *JRS*, 82 (1992), pp. 186-215; A. Alvar Ezquerra, «El paisaje urbano de Roma visto por M. Valerio Marcial», *Aspectos didácticos de Latín*, 5, Zaragoza, Univ. de Zaragoza, 1997, pp. 99-140.

³ Calpurnio Sículo, VII.

⁴ Para la relación entre Constantino y Roma, vid. R. Krautheimer, *Rome: Profile of a City, 312-1308*, New Jersey, Princeton Univ. Press, 1980, en especial pp. 3-32; y del mismo autor, *Three Christian Capitals: Topography and Politics*, Berkeley-Los Angeles-Londres, Univ. of California Press, 1983, en especial el cap. I «Rome», pp. 6-40.

que como calificación de una realidad tangible⁵. Roma era simplemente *domus diuum*, la morada de los dioses, en feliz expresión del rétor y cónsul Ausonio (*Ordo urbium nobilium* 1). Era Roma un espacio excepcional y, al mismo tiempo, la única vida imaginable; bastaría recordar la inmensa tristeza de Ovidio exiliado la noche que se vio obligado a abandonarla —comparable a la de Eneas tras la caída memorable de Troya—, la nostalgia de Marcial a pesar de su voluntario regreso a la tierra natal, o los sentimientos de Símaco (*Epist.* 1 30: *difficile est hinc abire cum ueneris*) o de Rutilio Namaciano (1 3-4: *quid longum toto Romam uenerantibus aeuo? / nil unquam longum est quod sine fine placet*) al tenerse que alejar de ella; cuatrocientos años de afecciones idénticas, que se condensan en el poderoso himno entonado por este escritor galorromano (1 47-164) del que ahora escojo los primeros versos:

| | |
|--|----|
| Exaudi, Regina tui pulcherrima mundi, inter sidereos Roma recepta polos! | |
| Exaudi, Genitrix hominum Genitrixque deorum, non procul a caelo per tua templa sumus. | 50 |
| Te canimus semperque, sinent dum fata, canemus: sospes nemo potest immemor esse tui. | |
| Obruerint citius scelerata obliuia solem quam tuus ex nostro corde recedat honos. | |
| Nam solis radiis aequalia munera tendis, qua circumfusus fluctuat Oceanus. | 55 |
| Voluitur ipse tibi qui continet omnia Phoebus eque tuis ortos in tua condit equos. | |
| Te non flammigeris Libye tardauit harenis, non armata suo reppulit Vrsa gelu. | 60 |
| Quantum uitalis natura tetendit in axes, tantum uirtuti peruia terra tuae. | |
| Fecisti patriam diuersis gentibus unam; profuit iniustis te dominante capi. | |
| Dumque offers uictis proprii consortia iuris, urbem fecisti quod prius orbis erat... | 65 |

[¡Escucha, reina bellísima de un mundo tuyo, / Roma aceptada entre los polos llenos de estrellas! / ¡Escucha, madre de hombres y madre de dioses! / no estamos lejos del cielo gracias a tus templos. / A ti te cantamos y siempre, mientras lo consientan los hados, te cantaremos: / nadie puede a salvo olvidarse de ti. / Más rápidos acabarán con el sol criminales olvidos, / a que tu gloria escape de mi corazón. / Pues iguales a los rayos del sol tiendes tus dones, / por donde el Océano que todo lo rodea mueve sus olas. / Gira para ti el propio Febo, que todo lo abraza / y, salidos de ti, guarda sus caballos en ti. / A ti no te detuvo Libia de ardientes arenas, / no te venció la Osa armada con su hielo. / Cuanto la naturaleza habitable se extiende entre los ejes del mundo, / en la misma medida se abre la tierra a tu valor. / Hiciste una sola patria de pueblos diversos; / a los injustos les convino ser domeñados bajo tu señorío. / Y mientras ofreces a los vencidos compartir tus propias leyes, / una ciudad hiciste de lo que antes era un mundo.]

⁵ La expresión *aurea Roma* gozó de vida duradera; por poner tan sólo algunos ejemplos, Petrarca la emplea en *Africa* vi 883 y el emperador Carlos IV la tenía inscrita en su bola de oro en la que, por lo demás, había grabada una representación de la Roma antigua.

No obstante, los días esplendorosos de la ciudad habían pasado. Baste decir que si a principios del siglo v Roma podía contar con unos 800.000 habitantes, en el 452 no quedaban más allá de 500.000, y esa cifra descendería hasta no más de 100.000 al acabar esa misma centuria. El proceso de decadencia demográfica —consecuencia de la previa desintegración política y económica— había sido simplemente brutal⁶.

2. *MIRABILIA URBIS ROMAE*

Siguieron largos siglos de abandono material y la imagen de Roma sufrió una lenta pero inexorable transformación hasta convertirse en la sepultura de sí misma⁷. Sin embargo y mientras tanto, su fama perduraba y alcanzaba los confines del mundo conocido, de modo que también Roma era, como Catay para el occidente medieval, una ciudad llena de encantos y misterios, de la que se podían contar fabulosas historias y sobre la que se urdían invenciones formidables. No importa que el *Libro de los Prodigios* de Julio Obsecuente no haya sido conocido, al parecer, por la Edad Media⁸; bastaban relatos como los de Tito Livio, por ejemplo, para atizar las fantasías de muchas gentes de países diversos —unas veces remotos, otras cercanos—, a lo largo de muchos siglos.

Por ello no es de extrañar la imagen que de la antigua capital del mundo poseían los geógrafos árabes, más atentos a sus lecturas que al conocimiento directo de una realidad demasiado lejana. Como es bien sabido —y al igual que ocurría en otras latitudes— solían copiar o resumir unos de otros; por eso, la descripción de Roma, cuando aparece en ellos, es siempre poco más o menos la misma, bajo dos versiones, una más breve —de acuerdo con la geografía de Edrisî, concluida en el 1154— y otra más extensa —que sigue las noticias dadas por Ibn al-Faqîh, recogidas después en el *Mu'g'am al-buldân*, el diccionario geográfico de Jâqût, que murió en Siria en 1229—; todas esas noticias son, no obstante, más antiguas, pues en buena medida ya se encuentran en Ibn

⁶ Vid. Krautheimer, *Three Christian Capitals...*, ya cit., p. 109.

⁷ Jacques Grévin, que visitó Roma en 1567, lo expresó, de manera contundente y siguiendo precedentes latinos mencionados en este mismo estudio, en su soneto 4: «Romme est de long temps en Romme enseveli». La ciudad apenas llegaba a los treinta mil habitantes en el s. XIII y aún descendieron más a principios del siglo siguiente; tal declive demográfico corría naturalmente parejo de su ruina física. Vid. R. Brentano, *Rome before Avignon. A Social History of Thirteenth Century Rome*, Berkeley-Los Angeles, Univ. of California Press, 1991 (= Londres, 1974), pp. 13 ss.

⁸ Vid. *Julio Obsecuente: Libro de los Prodigios*, trad. de A. Moure Casas, Madrid, 1990.

Khordâdbeh, muerto en el 912 y que, a su vez, debió informarse en fuentes anteriores.

La descripción abreviada dice en síntesis así: Roma es una de las columnas de la cristiandad y la primera entre las sedes metropolitanas. La ciudad es inmensa pues tiene nueve millas de circunferencia⁹; está rodeada de una doble muralla de piedra; el espesor de la muralla interior es de doce codos y su altura, de setenta; en cuanto a la muralla exterior, tiene ocho codos de ancho por cuarenta y dos de alto. Entre los dos muros hay un canal cubierto con placas de bronce, cada una de cuarenta y seis codos de longitud. El mercado se extiende desde la puerta oriental a la occidental y hay en él columnas de piedra de un diámetro considerable y de treinta codos de alto; junto a cada columna hay otras dos de bronce fundido y a ellas se adosan las tiendas de los mercaderes. Delante de esas columnas y de esas tiendas fluye, de levante a poniente, un río cuyo fondo está pavimentado con lamas de cobre, de manera que ningún navío puede echar ahí el ancla para detenerse; este río es para los romanos un medio de contar los años, pues dicen «a partir del año del cobre»; las embarcaciones navegan por este río y llegan completamente cargadas a las tiendas de los mercaderes. En el interior de la ciudad hay una gran iglesia, construida bajo la invocación de san Pedro y san Pablo; los cuerpos de esos dos apóstoles reposan en ella en una tumba; la longitud de este edificio es de trescientos codos, su anchura de doscientos y su altura de cien; las columnas que sostienen la cubierta son de bronce y los techos están revestidos de cobre amarillo. Se cuentan en Roma mil doscientas iglesias; los mercados y las plazas públicas están cubiertos de mármol blanco o de mármol azul. Hay en esta ciudad mil baños. Destaca una iglesia construida siguiendo el modelo del templo de Jerusalén y sus mismas dimensiones en longitud y anchura; el altar sobre el que se celebra el sacrificio de la misa tiene diez codos de longitud y su superficie está completamente enriquecida con esmeraldas verdes; este altar soporta doce estatuas de oro puro de dos codos y medio de alto y cuyos ojos están hechos con rubíes; las puertas de la iglesia están cubiertas de láminas de oro puro y otras, en el exterior, están revestidas de láminas de cobre o de adornos de madera hábilmente esculpidos. En Roma se ve el palacio del príncipe, llamado «papa»; este príncipe es superior en poder a todos los reyes, que lo respetan como si fuera Dios; gobierna con justicia, castiga a los opresores, protege a los débiles y a los miserables e impide que se cometan delitos; sus decretos tienen pleno poder sobre todos los reyes de la cristiandad y nadie puede oponerse a ellos. La grandeza y la magnificencia de Roma son tales que es imposible describirlas convenientemente.

⁹ Conviene precisar, sin embargo, que, en este punto, la noticia se queda escasa, pues la longitud del Muro de Adriano es de doce millas.

En cuanto a la versión extensa, de acuerdo con la descripción de Jâqût —tomada según propia confesión de Ibn al-Faqîh—, tras unas consideraciones fabulosas sobre el nombre de Roma y el origen de los romanos, sobre su situación y sobre su condición de capital de la cristiandad y sede del papa, se insiste en el hecho de que Roma es una de las maravillas del mundo, por su construcción, por su grandeza y por la multitud que la puebla, de manera que no tiene rival. A continuación, el geógrafo árabe se limita a recoger numerosísimos y maravillosos testimonios de quienes le precedieron, sin cuestionar sus afirmaciones; de ellos, merecen recuerdo el de Ibn Abbàs, compañero de Mahoma muerto *ca.* 673-674, a propósito de las riquezas del templo de Jerusalén llevadas a Roma, bajo cuya luz podía un caballero cabalgar durante cinco noches seguidas. O aquel otro, atribuido a alguien del linaje de Abû Mûsa, según el cual el mercado de los pájaros medía una parasanga (unos 6 kms.). O el de Mug'âhid, coetáneo de los dos anteriores, que aseguraba que en Roma había seiscientos mil baños. O ese otro lleno de ingenua vivacidad, transmitido a Valíd b. Muslim ad-Dimas, muerto *ca.* 810-811, por un mercader que narra su llegada a las inmediaciones de la ciudad: tras subir a lo alto de una colina desde la que, por primera vez, se divisaba su destino, contemplaron el mercader y sus compañeros de viaje una gran extensión verde, como si fuera agua. «Dios es grande», gritaron y, ante la extrañeza del guía, le explicaron que siempre rezaban a Dios al contemplar el mar. Él les dijo sonriendo: «Lo que estáis contemplando son los tejados de Roma, que están recubiertos de plomo...».

Otros testimonios recogidos por Jâqût se refieren, amén de a las noticias ya conocidas en la versión breve de la descripción de Roma, a las extraordinarias dimensiones de la ciudad, a las insólitas riquezas de sus construcciones —donde el oro, el bronce y el mármol abundan—, a sus iglesias descomunales y sorprendentes (la de san Esteban, de seiscientos codos de longitud, trescientos de anchura y ciento cincuenta de altura, está hecha de una sola piedra; y la de Sión de Jerusalén es aún más extraordinaria, pues a sus dimensiones y riquezas, que exceden todo lo imaginable, suma seiscientos diez y ocho obispos y cincuenta mil presbíteros y diáconos), a sus diez mil conventos, a sus treinta mil columnas para monjes estilistas, a sus doce mil grandes mercados a los que hay que sumar otros veinte mil más pequeños, a sus seiscientas sesenta mil termas, a las cien estatuas de bronce del palacio imperial que representaban a cada una de las naciones sometidas por Roma y de cuyas sorprendentes propiedades se dirá más adelante, o a la deliciosa fabulación del pájaro de oro —llamado as-Sûdâni, obra de Balinàs, bajo cuyo nombre parece ocultarse el de Apolonio de Tiana, a través de una forma intermedia *Bulunjás* o *Bulunjûs*—, que llevaba inscritos signos mágicos en el pecho y sendas aceitunas en el pico y en cada una de las patas; llegado el tiempo de la cosecha, venían pájaros de todas partes cargados de aceitunas para depositarlas en su cabeza; una vez molidos los frutos, se obtenía aceite suficiente para uso público y privado de los romanos durante un año completo...

La lista de prodigios aducidos por los escritores árabes —muchos de ellos basados en hechos reales, si bien muy deformados— podría hacerse aún más extensa, pero no parece necesario en este momento¹⁰. Tampoco merece la pena subrayar el hecho de que, en el imaginario de los pueblos de oriente, la grandeza de Roma y su extraordinaria riqueza sólo se podía explicar gracias a la utilización de recursos mágicos o incluso demoníacos, que habrían dejado su huella bien visible en la fisonomía concreta de la ciudad.

También para el occidente cristiano Roma se había convertido en un venero inagotable de sugerencias maravillosas, de modo que el inevitable abandono de los usos originales de los edificios antiguos y la consiguiente y progresiva destrucción de los mismos y de los abundantísimos ornamentos de la ciudad, provocaron el nacimiento de no pocas leyendas, protagonizadas, en ocasiones, por personajes insólitos y que nada tenían que ver con los mismos. Hacia el año 1000 había nacido ya una buena parte de las historias tejidas en torno a los vestigios en ruinas, algunas tan burdas como que la bien conocida estatua ecuestre de Marco Aurelio vestido con un sencillo manto representa, en realidad, a un campesino que se había encaramado al caballo del emperador aprovechando que éste se encontraba haciendo sus necesidades¹¹. Fue también muy difundida la fábula, narrada por el Anónimo Salernitano (*ca.* 980), de que los romanos habían erigido en el Capitolio setenta estatuas de bronce a imagen de los otros tantos pueblos sobre los que reinaba Roma; cada una llevaba en el pecho el nombre del pueblo a que correspondía y en el cuello, una campanilla. Si cualquiera de esos pueblos se rebelaba, sonaba la campanilla y unos sacerdotes custodios podían avisar de inmediato al emperador¹². Esta leyenda aparece de nuevo en relación con

¹⁰ Vid. I. Guidi, «La descrizione di Roma nei geografi arabi», *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, 1 (1877), pp. 173-218; N. Purcell, «La ciudad de Roma», en *El legado de Roma, una nueva valoración*, R. Jenkyns (ed.), Barcelona, 1995 (1992), pp. 374-401, en p. 378.

¹¹ Vid. F. Gregorovius, *Roma y Atenas en la Edad Media (y otros ensayos)*, México-Madrid-Buenos Aires, FCE, 1982 (1ª ed. en español, 1946), p. 66.

¹² También en Maestro Gregorio, *Narracio de Mirabilibus*, 8; editado en *Codice topografico della città di Roma*, R. Valentini-G. Zucchetti (eds.), Roma, 1946, vol. III, pp. 143-167. Vid. G.M. Rushforth, «Magister Gregorius, *De Mirabilibus Urbis Romae*: a new Description of Rome in the Twelfth Century», *JRS*, 9 (1919), pp. 14-58; F. Nichols, *Mirabilia Urbis Romae*, 1986; *Master Gregorius. The Marvels of Rome*, ed. y trad. de J. Osborne, Toronto, Pontifical Institute of Medieval Studies, 1987. La anécdota está recogida también, por ejemplo, en Gregorovius, *o.c.*, pp. 72-73; Purcell, art. cit., pp. 379-380. Sin duda, el Maestro Gregorio, de origen inglés, se siente más atraído por la Roma pagana que por la cristiana; vid. R. Weiss, *La scoperta dell'antichità classica nel Rinascimento*, Padua, Antenore, 1989 (= *The Renaissance Discovery of Classical Antiquity*, Oxford, 1973), pp. 8-9.

otra narrada por la *Graphia aureae urbis Romanae*¹³, en la que se explican los motivos y circunstancias de la construcción del Panteón de Agripa, tras una victoria sobre los persas, cuya sublevación había sido convenientemente anunciada por la campanilla correspondiente¹⁴.

Julio César era uno de los personajes predilectos de la fantasía popular y de él se contaba, por ejemplo, que sus cenizas se guardaban en la esfera dorada que remataba el obelisco del Vaticano, fuera del alcance de los ladrones y con el mundo a sus pies, como había estado cuando él aún vivía; de ahí que al obelisco se le llame en ocasiones *Memoria* o *Sepulcrum Caesaris*¹⁵. Y Nerón, tantas veces considerado el Anticristo, no le va a la zaga en los relatos medievales en cuanto a fantásticas leyendas y lugares asociados a su persona se refiere.

Otras leyendas relativas a la prehistoria, a la fundación de Roma y a la historia antigua del Lacio, como que el mismísimo Noé fundó una ciudad no lejos de ella y le dio su nombre, como que Jano era hijo suyo y que construyó con la ayuda de Cam y de Jafet sobre el Palatino la ciudad de Janículo, como que Rómulo se limitó a rodear con una muralla las ciudades que diversos héroes o reyes y en épocas sucesivas habían construido sobre cada una de las siete colinas¹⁶, circulaban libremente durante la primera Edad Media, con todas las variantes que permite la invención popular a lo largo de los siglos, y se hacían saber a los viajeros que llegaban a la ciudad, que, a su vez, las transmitían a su regreso con mayor o menor fidelidad en sus respectivos lugares de origen. Y todavía proliferaron con no poca intensidad, ahora frecuentemente motivadas por razones políticas de orgullo ciudadano, durante los siglos XIII y XIV; se pueden leer en el *Liber Imperialis*, en el *Romuleion*, en la *Fioritá d'Italia* o en la *Historia Trojana et Romana*.

En esta misma línea de tradición «maravillosa» han de inscribirse, en buena medida, relatos como la *Chronica* del agustino Amalrico Augerio, capellán del papa Urbano V¹⁷, o la descripción de Roma del también agustino John Capgrave¹⁸, redactada durante su estancia en la ciudad en 1450 y

¹³ Vid. su edición en *Codice topografico...*, ya cit., vol. III, pp. 77-110. Compuesta ca. 1154-1280, es el más temprano intento, con todas las limitaciones que se quiera, de reconstrucción de la topografía de la antigua Roma, muy en la línea de los *Mirabilia*.

¹⁴ Vid. Gregorovius, *o.c.*, p. 73.

¹⁵ Vid. Gregorovius, *o.c.*, p. 75.

¹⁶ Vid. Gregorovius, *o.c.*, pp. 74-75.

¹⁷ Amalricus Augerius, *Actus pontificum Romanorum usque ad...annum 1321*, en J.G. Eccardus, *Corpus Hist. med. aevi*, vol. II, 1743.

¹⁸ *The Solace of Pilgrims. A Description of Rome, circa A.D. 1450*, ed. de C. A. Mills, Londres, 1911; *Codice topografico...*, vol. IV 330-349. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 85-86. Su

concebida como una guía sobre todo de la ciudad cristiana para los viajeros ingleses¹⁹, o la del senador de Nuremberg, Nikolaus Muffel, que acudió a la Ciudad Santa, poco después, con motivo de la coronación del emperador Federico III por el papa Nicolás V, en 1452²⁰. A esa serie de viajeros venidos de lejanos confines ha de añadirse el nombre del hispano Pero Tafur, que visitó la ciudad en 1437 y del que sabemos que quedó impresionado, cómo no, ante el Coliseo o ante la estatua de Marco Aurelio, si bien él creía que se trataba de Mucio Escévola²¹. Poco habían calado en esos espíritus los nuevos aires del humanismo que con tanta pujanza se expresaban ya en Italia, como se dirá más adelante.

3. IAM ROMA CHRISTO DEDITA

Roma es, sin embargo, para los siglos medievales sobre todo la Ciudad Santa²². En buena medida, la formalización literaria de esa idea se debe al poeta hispanorromano Prudencio, que contrapone en diversos lugares de su obra la Roma pagana a la Roma cristiana; así, en los versos iniciales del himno en honor de san Lorenzo (*Perist.* II), exclama:

Antiqua fanorum parens,
iam Roma Christo dedita,
Laurentio uictrix duce
ritum triumphas barbarum.

capacidad para interpretar monumentos corría paralela de la mostrada para entender los textos clásicos, Salustio y Cicerón incluidos: baste recordar que del ninfeo del Aqua Julia dice se trata del «palacio de un tal Catilina, hombre de maravilloso ingenio y gobierno»; vid. Purcell, ya cit., p. 384.

¹⁹ Otros textos compuestos para viajeros ingleses pueden verse en *The Stations of Rome (in verse, from the Vernon ms., ab. 1370 a. d., and in Prose, from the Parkington ms., n.º 10, ab. 1460-70 a. d.) and the Pilgrims Sea Voyage*, F.J. Furnivall (ed.), Londres, 1867; *A xvth Century Guide-Book to the Principal Churches of Rome, compiled c. 1470 by William Brewyn*, trad. del latín, introd. y notas de C.E. Woodruff, Londres, 1933. Vid. Weiss, *o.c.*, p. 87.

²⁰ *Codice topografico...*, vol. IV 354-373; vid. Weiss, *o.c.*, p. 86.

²¹ Vid. Marcos Jiménez de la Espada, *Andanças e viajes de un hidalgo español. Pero Tafur (1436-1439)*, J. Vives Gatell (ed.), Barcelona, El Albr, 1982; como la noticia de A. Gómez Moreno, *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994, p. 268.

²² Para el proceso de transformación de la topografía romana imperial en la de la capital de la cristiandad a partir del siglo IV, vid. Krautheimer, *Rome: Profile of a City...*, ya cit., en

Reges superbos uiceras
 populosque frenis presseras;
 nunc monstruosis idolis
 imponis imperii iugum. 5

Haec sola derat gloria
 urbis togatae insignibus,
 feritate capta gentium
 domaret ut spurcum Iouem, 10

non turbulentis uiribus
 Cossi, Camilli aut Caesaris,
 sed martyris Laurentii
 non incruento proelio... 15

[Antigua madre de templos paganos, / Roma ya a Cristo entregada, / bajo el mando de Lorenzo victoriosa / triunfas sobre el rito bárbaro. / A reyes soberbios habías vencido / y a pueblos habías sometido con tus frenos; / ahora a ídolos monstruosos / impones el yugo de tu imperio. / Tan sólo esta gloria faltaba / a las insignias de la ciudad togada: / cautivada por la ferocidad de los gentiles, / domó a Júpiter inmundo, / no con las violentas fuerzas / de Coso, Camilo o César, / sino con el sangriento combate / del mártir Lorenzo.]

Es, pues, la sangre de los mártires y, en especial, la de Pedro y Pablo —nuevos Rómulo y Remo, a quienes dedica el poeta hispano su himno XII— la que hizo verdaderamente grande a Roma, porque gracias a ella se unió a Cristo; desde entonces es *Roma caelestis* (*Perist.* II 559) y está *plena abditis sanctis* (*Perist.* II 541-542). Y esa esencial identificación entre Roma y los dos apóstoles lo reconocían, al menos desde finales del siglo X, los peregrinos que visitaban las tumbas de Pedro y Pablo cantando:

O Roma nobilis, orbis et domina
 cunctarum urbium excelentissima,
 roseo martyrum sanguine rubea,
 albis et virginum liliis candida;
 salutem dicimus tibi per omnia,
 te benedicimus: Salve per secula! 5

Petre, tu prepotens celorum claviger,
 vota precantium exaudi iugiter.
 Cum bis sex tribuum sederis arbiter,
 factus placabilis iudica leniter; 10
 teque precantibus nunc temporaliter
 fertio suffragia misericorditer.

especial pp. 33-58; Krautheimer, *Three Christian Capitals...*, ya cit., en especial el cap. IV «Rome again», pp. 93-121.

O Paule, suscipe nostra precamina,
 cuius philosophos vicit industria;
 factus economus in domo regia,
 divini muneris appone fercula;
 ut que repleverit te sapientia
 ipsa nos repleat tua per dogmata²³.

15

[¡Oh noble Roma, del orbe señora / egregia y de las ciudades todas, / por la rosada sangre de los mártires roja, / y por los albos lirios de las vírgenes blanca; / te saludamos por todo, / te bendecimos: salva seas por los siglos! // ¡Pedro, tú omnipotente clavígero de los cielos!, / escucha ahora los ruegos de los que rezan. / Cuando te sientes como juez de las doce tribus, / lleno de clemencia juzga benevolente; / y a los que ahora te rezan en este mundo / dales misericorde tus favores. // ¡Oh Pablo!, acepta nuestras oraciones, / tú cuyo saber venció a los filósofos; / como administrador de la regia mansión, / danos los alimentos del regalo divino; / y que la sabiduría que a ti te colmó / nos colme también gracias a tus enseñanzas.]

De manera que, a lo largo de la primera Edad Media, se fue generalizando la rutina de las peregrinaciones a la Ciudad Santa, siempre por motivos piadosos y haciendo, al parecer, caso omiso tanto de esa otra Roma que ofrecía tantas maravillas en ruinas, evocadoras de un pasado cada vez más lejano, como de aquella otra Roma presentada, según autores y ocasiones, cual la Gran Prostituta del Apocalipsis, que fornicaba con los reyes del mundo, se emborrachaba con la sangre de los santos y se regocijaba por su futura destrucción, o cual nueva Babilonia llena de perversidad y pecado²⁴.

Aún más, las peregrinaciones se sustentaron y se incrementaron con las celebraciones jubilares, en las que se ofrecían al peregrino generosísimas ventajas para su eterna salvación, con lo que se propagaba por doquier la imagen de la ciudad de las catacumbas y de los mártires. El año 1300, el papa Bonifacio VIII, ese papa tan malquerido por Dante que lo coloca en el Infierno de su *Divina Comedia*, promulga —cristianizando una tradición judía— una bula mediante la que se convoca la primera celebración jubilar para otorgar «muy grandes perdones e tan conplidamente quanto se pudo estender el poder del papa, a todos aquellos quantos pudieron yr a la çibdat de Roma a buscar las iglesias de Sant Pedro e de San Pablo quinze días en este año»²⁵. Naturalmente, la iniciativa del papa se debía no sólo a la gran fe

²³ Vid. *Lírica latina medieval. II. Poesía religiosa*, ed. bilingüe preparada por M.-A. Marcos Casquero y J. Oroz Reta, Madrid, BAC, 1997, pp. 366-369.

²⁴ Así, desde Victorino de Pettau, m. c. 304, hasta los cátaros y los valdenses, los franciscanos radicales e incluso Dante, aunque éste aplica tal calificativo a la propia iglesia corrupta de papas como Nicolás III y Bonifacio VIII.

²⁵ Del Prólogo de *El libro del cauallero Zifar*, ed. de C. González, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 65 y ss. Agradezco a mi buen y sabio amigo Fernando Gómez Redondo que me haya facilitado este precioso testimonio así como otros de textos medievales hispanos recogidos en las siguientes páginas.

y a la gran devoción que el pueblo cristiano tenía por las indulgencias consiguientes, sino también a los peligros, incomodidades y gastos que comportaba la peregrinación hasta la Ciudad Santa²⁶. En esta ocasión, además, el interés de Su Santidad por facilitar a los fieles sus objetivos fue tan grande que hacía extensibles los privilegios incluso a aquéllos que no cumplieren los quince días de visita a las iglesias antedichas, a quienes muriesen en el camino antes de llegar y a quienes, una vez empezada la peregrinación, tuvieran que abandonarla, aquejados por la enfermedad o por cualquier otro grave contratiempo. Lo cierto es que pocas veces los fieles cristianos pudieron alcanzar tantas mercedes como las que se prometieron en este primer año jubilar, «ca en esta romería fueron todos asueltos a culpa e a pena, seyendo en verdadera penitencia, tan bien de los confesados commo de lo olvidado»²⁷; de manera que el perdón alcanzó por igual a los clérigos poco o nada cumplidores de sus obligaciones, ya fuera por irregularidades en el desempeño de su oficio, o por adulterio, o por horas no rezadas, como a los legos, salvo en lo concerniente a las deudas contraídas bien por préstamo, bien por hurto o robo, que sólo podrían perdonarse mediante restitución del daño causado.

No fue ésta, por descontado, la única celebración jubilar romana, aunque sí la primera, que conocieron los siglos medievales. Clemente VI decretó que se celebraran cada cincuenta años (1349)²⁸ y Paulo II cada veinticinco (1475) pues, aparte de otras legítimas y piadosas razones, la ciudad obtenía cuantiosos beneficios de las muchedumbres peregrinas, hasta el punto de que, ya en el filo de la modernidad y con ocasión del jubileo de 1450, Janus Pannonius (o Janos Kesincei, 1434-1472), sobrino del canciller húngaro Janos Vitez, hombre de temperamento fuerte y de espíritu irónico, alzó su voz para advertir en dísticos latinos:

Hispani, Galli, Sclavini, Teutones, Hunni
clavigeri petitis limina sancta Petri.

²⁶ *Ibidem*, pp. 69-70: «todo el camino eran viandas muy caras por razon de la muy grant gente syn cuento que yuan a Roma en esta romería de todas las partes del mundo, en que la çena de la bestia costaua cada noche en muchos logares quatro torneses gruesos. E fue grant miraglo de Dios que en todos los caminos por do venien los pelegrinos, tan abondados eran de todas las viandas que nunca falliesçio a los pelegrinos cosa de lo que auian mester».

²⁷ *Ibidem*, p. 66.

²⁸ Cola di Rienzo, del que luego se dirá, en el discurso de profundo contenido político pronunciado el 20 de mayo de 1347 en san Juan de Letrán con motivo de la presentación pública de la *Lex de imperio Vespasiani*, descifrada por él, se había adelantado anunciando grandes peligros y pérdidas para la ciudad si no se tomaban urgentes medidas para atender las necesidades de la ingente multitud de peregrinos que habrían de visitar Roma en la celebración jubilar del año 1350. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 46-47.

Quo ruitis, stulti, Latios ditare telonas?
 Salvari in patria siccine nemo potest?

[¡Hispanos, galos, esclavones, germanos, hunos! / los santos umbrales del clavígero Pedro buscáis. / ¿Por qué corréis, necios, a enriquecer las bolsas del Lacio? / ¿Acaso nadie puede salvarse en su patria?]²⁹

¿Podría aducirse mejor justificación de la importancia de Roma como destino de peregrinos que la que se desprende del simple hecho de que la palabra *romero* (y toda su familia léxica) —conocida también bajo otras formas en las demás lenguas románicas— deriva del b. latín *romaeus*³⁰?

Naturalmente, tal afluencia de peregrinos se bastaba para justificar la necesidad de elaborar guías e itinerarios que facilitasen el éxito a sus esfuerzos, indicando los lugares sacros de visita obligada y las iglesias más importantes; algunos de ellos, incluso de venerable antigüedad, han llegado a nosotros, como es el caso del contenido en un manuscrito del siglo IX conservado en Einsiedeln, versión reducida de otro más antiguo, ahora perdido³¹; figuran en él arcos de triunfo, teatros, anfiteatros, circos, termas, pórticos, palacios y otros monumentos antiguos, pero no por su interés como tales, sino como simples puntos de referencia para el viajero, cuyo destino eran más bien las iglesias, los monasterios y los lugares santos. En esta línea han de situarse también las descripciones de John Capgrave o de Nikolaus Muffel y otras mencionadas más arriba. Sin duda, eran usuales también planos, más o menos fidedignos, a veces incluso fantasiosos —como el que representaba la planta de Roma con

²⁹ *Epigr. CCXLVIII (Deridet euntes Romam ad iubileum)*; vid. *Musae Reduces. Anthologie de la poésie latine dans l'Europe de la Renaissance*, textos escogidos, presentados y traducidos por Pierre Laurens, con la colaboración de Claudie Balavoine, 2 vols., Leiden, Brill, 1975, pp. 26-27. Además de John Capgrave, del que ya se ha dicho, uno de los peregrinos que visitaron Roma con esta ocasión fue el rico mercader florentino Giovanni Rucellai, cuyas anotaciones sobre el recorrido que siguió durante los quince días de estancia en la ciudad, llenas de sabores medievales pero ya también de sensibilidad humanística, las recogería luego en su *Zibaldone Quaresimale*; vid. *Giovanni Rucellai ed il suo Zibaldone*, I, «*Il Zibaldone Quaresimale*», A. Perosa (ed.), Londres, 1960; Weiss, o.c., pp. 84-85.

³⁰ Es cierto que, a su vez, el lat. *romaeus* deriva del gr. ῥωμαῖος ‘romano’, voz con que se designaba en el Imperio de Oriente a los occidentales, en general, y a los que lo atravesaban camino de los Lugares Santos, en particular. Su aplicación a los peregrinos con otros destinos, incluida Roma, es posterior, pero, sin duda, no se habría aclimatado la voz del mismo modo, y sufriendo un importante cambio semántico, de no haber sido con la firme ayuda de las peregrinaciones a la Urbe. Vid. J. Corominas-J.A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. RI-X*, Madrid, Gredos, 1980, s. v. *romano*, pp. 58-59.

³¹ Vid. C. Huelsen, «La pianta di Roma dell'Anonimo Einsiedlense», *Atti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, s. 2, 9 (1907), pp. 7-9; Weiss, o.c., pp. 5-6.

la figura de un león, por ser ambos reyes de sus respectivas especies—, pero por lo general de forma circular, en los que se dibujaban grandes edificios antiguos, como el Coliseo, el Panteón, el mausoleo de Adriano, etc., en este caso, quizás, dando primacía a los grandes monumentos paganos sobre las iglesias cristianas³². Y, junto a todo ello, pronto aparecieron también las descripciones de la ciudad, como las incluidas en la *Graphia aurea* o en cualquiera de los *Mirabilia*, aún de uso entre los viajeros del siglo xv, donde se daba cabida a relatos más o menos legendarios junto a presentaciones topográficas, no siempre acertadas. No faltaron tampoco, para uso de romeros, descripciones de alguno de sus monumentos; tal es el caso de la *Descriptio Lateranensis Ecclesiae* (s. xi ó xii) o la de la Iglesia de san Pedro, que el canónigo Pietro Mallio dedicó al papa Alejandro iii (1159-1181)³³.

4. QUANTA ROMA FUIT IPSA RUINA DOCET!

Roma, como espacio físico, como ciudad concreta poblada de edificios y ciudadanos, como paisaje, era para el hombre medieval, ante todo, «essa noble cibdat / maestra e señora de toda cristiandat»³⁴, donde residía la cabeza visible de la Iglesia de Cristo³⁵. Al parecer, muy poco más es lo que de ella se sabe y, si se sabe, nada se dice³⁶. Pero los hombres cultos del momento saben

³² Vid. A.P. Frutaz, *Le piante di Roma*, Roma, 2 vols., 1962. Tales representaciones de la ciudad se trasladaron en forma de frescos para adornar las paredes de algunos edificios, como ocurre en el palacio público de Siena, o a las páginas de volúmenes bellamente miniados, como es el caso de las *Très Riches Heures* del duque de Berry, por no poner sino dos ejemplos; vid. Weiss, *o.c.*, p. 103.

³³ Vid. *Codice topografico...*, ya cit., vol. iii, donde se editan en pp. 326-373 y 382-442, respectivamente.

³⁴ Berceo, Milagro x 236ab.

³⁵ «Yo vi en la corte de Roma, do es la santidat», dice Juan Ruiz en *Libro de buen amor* 493a. Para la idea de Roma en los siglos medievales, vid. A. Graf, *Roma nella memoria e nelle immaginazioni del medio evo*, Turín, 1923; F. Schneider, *Rom und Romgedanke im Mittelalter*, Munich, 1926; *The Idea of Rome from Antiquity to the Renaissance*, David Thompson (ed.), Albuquerque, 1971; C. D'Onofrio, *Visitiamo Roma mille anni fa: la città dei Mirabilia*, Roma, 1988; Ch. Davis, «La Edad Media», en *El legado de Roma, una nueva valoración*, R. Jenkyns (ed.), Barcelona, 1995 (1992), pp. 62-90.

³⁶ Así sucede en escritores del último medievo tan informados ya, por otra parte, de la materia clásica, como Juan de Mena o el Marqués de Santillana; incluso, ése es el caso de Diego Rodríguez Sánchez de Arévalo, a pesar de haber vivido en la propia Ciudad Eterna.

bien que hay otra Roma, la Roma de los libros y de las historias, que es preciso conocer, pues «cil de Rome sont sage et de sen aprenant»³⁷. De hecho,

Ne sont que trois matières à nul home entendant:
De France, de Bretagne et de Rome la grant;
Et de ces trois matières n'i a nule semblant³⁸.

Esa «materia de Roma», mejor o peor entendida a partir sobre todo, pero no sólo, de los historiadores antiguos, es la que evocan en ocasiones muy por extenso tantos textos como, por ejemplo, nuestra *Estoria de España*. Y, naturalmente, en la medida en que, frente a Francia y Bretaña, Roma era un imperio, sí, pero también un lugar muy concreto en el que florecieron grandes hombres y espléndidos edificios, la ciudad como espacio físico logró impresionar, a la vista de sus ruinas majestuosas, a no pocos espíritus particularmente dotados para entender el sincretismo del pasado con el presente, de tal manera que, en buena medida, la recuperación del legado antiguo emprendida por los humanistas corrió paralela del reconocimiento e interpretación de la imagen arruinada de Roma³⁹.

Es bien conocido en los siglos medievales el caso de Hildeberto de Lavardin (ca. 1056-1133)⁴⁰, obispo de Le Mans y luego de Tours, tanto por el valor intrínseco de sus creaciones poéticas relativas a las ruinas de Roma,

³⁷ Como así reconoce, por no mencionar sino un ejemplo entre muchos, Jehan Bodel hacia 1200 en su poema épico *La chanson des Saisnes*, 11. Para la contraposición entre la topografía sagrada y la histórica, vid. D. Kinney, «Mirabilia urbis Romae», en *The Classics in the Middle Ages. Papers on the Twentieth Annual Conference of the Center for Medieval and Early Renaissance Studies*, A.S. Bernardo y S. Levin (eds.), Binghamton, Center for Medieval & Early Renaissance Studies, 1990, pp. 207-221.

³⁸ *Ibidem*, 6-8.

³⁹ El tema literario de las ruinas de Roma, como es bien sabido, gozó de muchos e ilustres cultivadores desde el barroco, pero hunde sus raíces mucho antes, según se dice a continuación. Vid., entre otros que podrían citarse, los ensayos de C. Fea, *Dissertazione sulle Rovine di Rome*, en J.J. Winckelmann, *Storia delle arti del disegno presso gli antichi*, trad. del abad C. Fea, vol. III, Roma, 1784, pp. 267-416 (= *Opere di G.G. Winckelmann*, vol. XI, Prato, 1832, pp. 321-514); F. Gregorovius, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*, vol. II, Stuttgart, 1859, pp. 96 ss.; E. Garin, *L'Educazione in Europa (1400-1600)*, Bari, Laterza, 1957, pp. 43 ss.; H. Bloch, «The new Fascination with Ancient Rome», en *Renaissance and Renewal in the Twelfth Century*, R.L. Benson-G. Constable-C.D. Lanham (eds.), Cambridge, Harvard Univ. Press, 1982, pp. 615-636. Por lo demás, el lector español podrá gozar de unas excelentes y documentadísimas páginas sobre la cuestión escritas por Gómez Moreno, o.c., en especial, los capítulos titulados «La pasión por los vetera vestigia», pp. 242-258, y «La arqueología y el espíritu nacional», pp. 259-272.

⁴⁰ Vid. A. B. Scott, «The Poems of Hildebert of Le Mans», *Medieval and Renaissance Studies*, 6 (1968), pp. 42-83; A. Alvar Ezquerro, *Exilio y elegía latina entre la Antigüedad y el Renacimiento*, Huelva, Universidad de Huelva, 1997, pp. 69-89. Para los textos

como por haber servido de modelo de otros muchos escritores que, siguiendo sus huellas y quizás también sus pensamientos y palabras, volvieron a evocar el grandioso pasado de la Ciudad Eterna en contraste con la desoladora situación que se presentaba ante sus ojos. Hildeberto había viajado a Roma muy a principios del siglo XII, con el fin de obtener la bendición del papa, solicitarle la dispensa de sus obligaciones pastorales e informarle de la situación política de su diócesis; en realidad, llegó a realizar tres visitas similares e incluso es probable que participara en el I Concilio de Letrán en 1123. En cualquiera de esas ocasiones pudo componer las dos elegías latinas cuya protagonista es la propia ciudad y que se consideran, habitualmente, como lo mejor de la obra de quien es tenido, además, como el más destacado poeta latino de su siglo. En la primera de ellas, el obispo viajero saluda con entusiasmo y admiración a la capital de la cristiandad, sin que en sus palabras exista referencia ninguna a tal circunstancia, sino tan sólo evocación rendida del pasado pagano, uniendo desde el primer verso la grandeza de antes con la miseria de ahora:

Allocutio Romae

| | |
|--|----|
| Par tibi, Roma, nihil, cum sis prope tota ruina; quam magni fueris integra fracta doces. | |
| Longa tuos fastus etas destruxit, et arces Cesaris et superum templa palude iacent. | |
| Ille labor, labor ille ruit quem dirus Araxes et stantem tremuit et cecidisse dolet; | 5 |
| quem gladii regum, quem provida cura senatus, quem superi rerum constituere caput; | |
| quem magis optavit cum crimine solus habere Cesar, quam socius et pius esse socer; | 10 |
| qui, crescens studiis tribus, hostes, crimen, amicos vi domuit, secuit legibus, emit ope; | |
| in quem, dum fieret, vigilavit cura priorum: iuvit opus pietas hospitis, unda, locus. | |
| Materiem, fabros, expensas axis uterque misit, se muris obtulit ipse locus. | 15 |
| Expendere duces thesauros, fata favorem, artifices studium, totus et orbis opes. | |
| Vrbs cecidit de qua si quicquam dicere dignum moliar, hoc potero dicere: Roma fuit! | 20 |
| Non tamen annorum series, non flamma, nec ensis ad plenum potuit hoc abolere decus. | |
| Cura hominum potuit tantam componere Romam quantam non potuit solvere cura deum. | |
| Confer opes marmorque novum superumque favorem, artificum vigilant in nova facta manus, | 25 |

de Hildeberto, véase *Lírica latina medieval. 1. Poesía profana*, ed. bilingüe preparada por J. Oroz Reta y M.-A. Marcos Casquero, Madrid, BAC, 1995, pp. 264-271, cuyas traducciones seguimos.

non tamen aut fieri par stanti machina muro,
 aut restaurari sola ruina potest.
 Tantum restat adhuc, tantum ruit, ut neque pars stans
 equari possit, diruta nec refici. 30
 Hic superum formas superi mirantur et ipsi,
 et cupiunt fictis vultibus esse pares.
 Non potuit natura deos hoc ore creare
 quo miranda deum signa creavit homo.
 Vultus adest his numinibus, potiusque coluntur 35
 artificum studio quam deitate sua.
 Vrbs felix, si vel dominis urbs illa careret,
 vel dominis esset turpe carere fide!

[Nada te iguala, oh Roma, aunque te halles en casi total ruina, / y, quebrantada, muestres cuán grande eras cuando intacta te encontrabas. / El largo paso del tiempo tus fastos destruyó; y del César / los alcázares y de los dioses los templos en la laguna yacen. / Aquella obra, la obra aquella que el cruel Araxes dio a la ruina, / temblar la hizo cuando aún se erguía, y, ahora, devastada, la lamenta. / A ella la espada de los reyes, la atención previsoramente del senado / así como los dioses en capital del mundo la erigieron. / Recurriendo incluso al crimen, César prefirió él solo poseerla / antes que mostrarse colega y suegro fiel. / (Él, que se encumbró con tres recursos: sometiendo por la fuerza al enemigo, / combatiendo con las leyes el delito y ganando con favores los amigos). / Hacia ella, mientras creciendo iba, se dirigió de sus gobernantes el desvelo; / del huésped la piedad, el agua y el lugar le prestaron su concurso. / Uno y otro hemisferio enviáronle maderas, obreros, dádivas, / y el lugar espontáneo a las murallas se ofreció. / Los caudillos tesoros regalaron; los hados, su favor; / los artistas, el ingenio; y el mundo entero, riquezas. / Sucumbió una ciudad de la que, si cantar digno elogio pretendiera, / esto podría decir: «Roma existió». / Mas el decurso de los años, las llamas, las espadas / no han podido por completo destruir belleza tanta. / Tan grande fue la Roma que el desvelo de los hombres levantó / que destruirla no pudo el desvelo de los dioses. / Acopie riquezas, mármol nuevo y favor celeste, / y esfuércense las manos del artista por hacer obras nuevas: / no será la máquina capaz de levantar un muro semejante al que aún subsiste / o restaurar ni una sola de las ruinas. / Es tanto lo que resta y lo arrasado es tanto, que lo que aún se mantiene / no puede ser igualado, ni repararse sus ruinas. / Aquí los dioses admiran las estatuas de los dioses, / y ansían semejarse a los rostros esculpidos. / Natura fue incapaz de crear dioses dotados de aquel rostro / con que el hombre creó las admirables estatuas de esos dioses. / Está presente el rostro en esos númenes, y son más venerados / por el genio del artista que por su divina entidad. / ¡Feliz ciudad, si tal ciudad careciera de señor, / y del señor torpe sería el carecer de fe!]

Sin embargo, la Ciudad responde a este saludo recordando, cual es costumbre en la poesía de Hildeberto⁴¹, la supremacía de Dios y de la fe sobre los dioses paganos, de manera que el impulso poético del obispo se dispone al servicio de la educación espiritual de su pueblo:

Respondet Roma

Dum simulacra mihi, dum numina vana placerent
 militia, populo, menibus alta fui;

⁴¹ Así ocurre también en su elegía *De casu huius mundi*, donde a los dioses que dan las riquezas materiales —siempre frágiles y percederas— y frente a la inestable Fortuna se contraponen Dios Todopoderoso, dispensador de la única riqueza verdadera y definitiva.

| | |
|---|----|
| at simul effigies arasque superstitiosas deiciens, uni sum famulata Deo. | |
| Cesserunt arces, cecidere palatia divum, servivit populus, degeneravit eques. | 5 |
| Vix scio que fuerim, vix Rome Roma recordor, vix sinit occasus vel meminisse mei. | |
| Gratior hec iactura mihi successibus illis; maior sum pauper divite, stante iacens. | 10 |
| Plus aquilis vexilla crucis, plus Cesare Petrus, plus cinctis ducibus vulgus inerme dedit. | |
| Stans domui terras, infernum diruta pulso; corpora stans, animas fracta iacensque rego. | |
| Tunc misere plebi, modo principibus tenebrarum impero; tunc urbes, nunc mea regna polus. | 15 |
| Que ne Cesaribus videar debere vel armis, et species rerum meque meosque trahat, armorum vis illa perit, ruit alta senatus gloria, procumbunt templa, theatra iacent, | 20 |
| rostra vacant, edicta silent, sua premia desunt emeritis, populo iura, colonus agris; durus eques, iudex rigidus, plebs libera quondam querit, amat, patitur otia, lucra, iugum. | |
| Ista iacent ne forte meus spem ponat in illis civis et evacuet spemque bonumque crucis. | 25 |
| Cruce edes alias, alios promittit honores, militibus tribuens regan superna suis. | |
| Sub cruce rex servit, sed liber; lege tenetur, sed diadema gerens; iussa tremit, sed amat. | 30 |
| Fundit avarus opes, sed abundat; fenerat idem, sed bene custodit si super astra locat. | |
| Quis gladio Cesar, quis sollicitudine consul, quis rhetor lingua, que mea castra manu tanta dedere mihi? studiis et legibus horum obtinui terras; cruce dedit una polum. | 35 |

[En tanto me agradaron las estatuas y los númenes inanes, / egregia fui por mis ejércitos, mi pueblo y mis murallas. / Mas tan pronto como efigies y supersticiosas aras / se abatieron, sierva me hice del Dios único. / Los alcázares se hundieron, cayeron los palacios de los dioses, / el pueblo se hizo esclavo, degeneró la clase ecuestre. / Apenas sé quién fui; a Roma en Roma apenas la recuerdo; / y apenas el ocaso me permite acordarme de mí misma. / Tal quebranto me es más grato que los éxitos aquellos; / mayor soy pobre que rica; abatida, que encumbrada. / Más que las águilas, aportóme la enseña de la cruz; y más que César, Pedro; / y más que los caudillos bien armados, la plebe inerme. / Mientras estaba en pie, las tierras sometí; ahora, derruida, al infierno combato. / Mientras estaba en pie, regía cuerpos; quebrantada y caída, rijo almas. / Antaño gobernaba sobre mísera plebe; sobre los príncipes de las tinieblas hoy; / sobre ciudades antes, mas ahora mi reino es todo el mundo. / Para que ello no parezca que a los Césares se debe o a las armas, / y que la simple apariencia me arrastra a mí o a los míos, / pereció aquella fuerza de las armas; por tierra cayó del senado / la excelsa gloria; los templos se derrumban; arruinados se hallan los teatros; / vacías se encuentran las tribunas; silencio los edictos guardan; sin recompensa / los soldados licenciados quedan, sin ley el pueblo y los colonos sin campo. / El aguerrido jinete, el rígido juez, la plebe libre otrora / buscan, aprecian, soportan el ocio, la ganancia, el yugo. / Todo ello se halla demolido para que mi ciudadano en ello no base su esperanza, / y destierre la esperanza y el bien de la cruz. / La cruz otras moradas promete, otros honores, / concediendo a sus soldados los reinos celestiales. / Bajo la cruz sirve el rey, pero es libre; la ley lo traba, / pero porta la diadema; teme los mandamientos, pero ama. / Reparte riquezas el avaro y nada en la abundancia; presta a interés, / pero lo guarda bien si a la vista de todos lo coloca. / ¿Qué César con su espada; con su desvelo,

qué cónsul; / qué rétor con su lengua; qué campamentos míos / en mis manos depositaron tanto? Con los afanes y leyes de aquéllos / obtuve tierras; una sola cruz entregóme el mundo entero.]

Si tales composiciones continúan otras anónimas anteriores⁴² es algo que no minora la capacidad de observación y de evocación del obispo de Le Mans, así como su conocimiento del pasado romano, poco común para la época. Mas, sin duda, la orgullosa respuesta de la ciudad al peregrino preso de nostalgia y de melancolía, tiene mucho que ver con la dada no mucho antes, en el siglo x, por León el Simple, abad de san Bonifacio y legado apostólico, a otros obispos galos que, reunidos en Reims, se atrevieron a censurar la intolerable ignorancia en las ciencias humanas de su colega de Roma; díjoles León así:

Los representantes de Pedro y sus discípulos no quieren tener por maestros a Platón ni a Virgilio y Terencio y a las demás bestias del rebaño filosófico, que en su vuelo orgulloso se levantan como los pájaros en el aire, se sumergen en las profundidades como los peces en el mar o van pastando paso a paso como las ovejas. ¿Y os atrevéis a decir que quienes no se nutren de semejantes poesías no están capacitados para llegar a ser ni siquiera porteros? Pues bien, yo os digo que esa afirmación es una pura mentira, pues Pedro no sabía nada de todas esas cosas y fue elevado a portero del cielo, porque el mismo Señor le dijo: te entregaré las llaves del reino de los cielos. Por eso sus representantes y discípulos no tienen por qué estar versados más que en las enseñanzas apostólicas y evangélicas; no se adornan con la pompa del discurso, sino con el sentido y la razón de la palabra. Lo dice la escritura: los simples del mundo son elegidos por Dios para avergonzar a los poderosos. Y desde los comienzos del mundo Dios ha elegido no a los filósofos y oradores, sino a los iletrados y a los ignorantes⁴³.

Nada tiene de extraño, pues, que se difundiera con facilidad entre los escritores medievales —el autor de los *Mirabilia Urbis Romae* (ca. 1140-1143)⁴⁴,

⁴² Como quiere, por ejemplo, C. Pascal en *Poesía latina medieval*, Catania, 1907, pp. 19-37, en particular para los intensos versos 5-8 de la segunda elegía y quizás también para algunos pasajes de la primera.

⁴³ Tomado de Gregorovius, *Roma y Atenas...*, ya cit., pp. 61-62; el estudio, cuyo pasaje se comenta, recogido en este volumen misceláneo pertenece a su monumental *Historia de la Ciudad de Roma en la Edad Media*, citada poco más arriba, que vio la luz en ocho volúmenes entre 1859 y 1872.

⁴⁴ El autor de ese texto (ed. en *Codice topografico...*, ya cit., vol. III, pp. 17-65), de notable éxito en la Edad Media —a juzgar por sus varias traducciones a lenguas vernáculas— y que no ha de confundirse con el homónimo y coetáneo del Maestro Gregorio (ca. 1150-1200) —ya mencionado en estas páginas—, parece ser Benedetto di Sancto Pietro; vid. L. Duchesne, «L'auteur des *Mirabilia*», *Mélanges de l'École française de Rome*, 24 (1904),

Juan de Salisbury (1110-1180)⁴⁵, Martín el Polaco, Tolomeo de Luca, Jacobo de Aquis, Bernardo Guidón, Andrés Dándolo, Amalrico Augerio, etc.⁴⁶— la convicción, matizada de diferentes maneras, de que fue un papa Gregorio, llamado por lo demás Magno (590-604), el impulsor de la sistemática destrucción de los antiguos edificios, de las estatuas e, incluso, de las ingentes riquezas literarias de las Bibliotecas Palatina y Capitolina, con el fin de castigar de ese modo la soberbia de la ciudad que se había atrevido a dominar el mundo bajo la protección de unos dioses tan llenos de vicios y pecados como los hombres sobre los que reinaban⁴⁷. Resume esa larga tradición —con personal acento— Fazio degli Uberti (muerto en 1367) que, por boca de Roma, exclama:

Ahi, quanto ancor mi duole a ricordare
 i grandi e belli e sottili intagli
 i quai Gregorio allor mi fe'disfare!
 E duolmi ancor che con lunghi travagli
 erano compilati piú volumi
 dei miei figliuoli e di miei ammiragli,
 ne' quali il bel parlare e i bei costumi
 e l'ordine de l'armi eran compresi
 sí ben, ch'a molti, udendo, facean lumi,
 che la piú parte fun distrutti e lesi
 per questo papa; e se'l pensier fu bono
 non so; ma dur di ciò gran doglia presi.
 Così da Christo in qua venuta sono,
 parlando teco, in fine a secento anni,
 abbreviando ciò ch'io ti ragiono
 per te ch'ascolti e perch'io men m'affanni!⁴⁸

pp. 479-489; J.B. Ross, «A Study of Twelfth-Century Interest in the Antiquities of Rome», en *Medieval and Historical Essays in Honor of J. W. Thompson*, J.L. Cate y E.N. Anderson (eds.), Chicago, Univ. Press, 1938, pp. 302-321; D.J.A. Ross, «Les Merveilles de Rome. Two Medieval French Versions of the *Mirabilia Urbis Romae*», *Classica et Mediaevalia*, 30 (1969), pp. 617-665.

⁴⁵ En su *Historia Pontificalis (Memoirs of the Papal Court)*, ed. y trad. de M. Chibnall, Londres-Nueva York, Nelson, 1956.

⁴⁶ Vid. T. Buddensieg, «Gregory the Great, the destroyer of pagan idols. The history of a medieval legend concerning the decline of ancient art and literature», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 28, 1965, pp. 44-65 (incluido en sus *Studien zum Nachleben antiker Architektur und Skulptur in Rom. Legenden, Beschreibungen und Bildzeugnisse des Mittelalters und der Renaissance*).

⁴⁷ Para Roma en época de Gregorio Magno, vid. Krautheimer, *Rome: Profile of a City...*, ya cit., en especial pp. 59-87. Vid. también A. De Bouard, «Gli antichi marmi di Roma nel medio evo», *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, 34, 1911, pp. 239-245; M. Greenhalgh, *The Survival of Roman Antiquities in the Middle Ages*, Londres, 1989.

⁴⁸ Fazio degli Uberti, *Il Dittamondo e le rime*, ed. de G. Corsi, Bari, 1952, vol. 1, pp. 135 ss. (lib. II, cap. XVI, 91 ss.), apud Buddensieg, art. cit., p. 50.

Habrían sido, pues, causas internas (en concreto la decidida e, incluso desde Cencio de Rustici y de Ghiberti, criminal voluntad de los gobernantes cristianos —políticos o sobre todo religiosos— por borrar toda huella pagana), y no el simple paso del tiempo o la acción de los bárbaros invasores, las verdaderas causas de la decadencia física de la Ciudad Eterna. De hecho, Roma se había convertido en la mayor cantera imaginable de mármol⁴⁹.

Pero inevitablemente, tras los poemas de Hildeberto y el cambio radical que por lo que respecta al desarrollo cultural supone ese siglo XII, se fue abriendo paso cada vez con mayor firmeza la lectura real de las ruinas de la Ciudad Eterna y de su potencial alegórico como *exemplum* inmejorable de la fragilidad de las cosas de los mortales, por sólidas e indestructibles que pudieran parecer. En realidad, la Roma antigua había conocido tanto diferentes anticipaciones proféticas de su inevitable final —así, la contenida en los bien sabidos versos 1-6 de la oda III 30 de Horacio, al referirse al destino de su obra (*Exegi monumentum aere perennius / regalique situ pyramidum altius, / quod non imber edax, non Aquilo impotens / possit diruere aut innumerabilis / annorum series et fuga temporum. / Non omnis moriar...*)⁵⁰— del mismo modo que había podido gozar también de la ensoñación de su grandeza cuando aún las Siete Colinas no eran sino verdes altozanos donde pastorear los rebaños; Eneas, como Moisés ante la Tierra de Promisión, tuvo el privilegio de ser el primer peregrino de Roma y saber, por boca del rey Evandro transformado en guía solícito, no pocos detalles del grandioso trazado que los dioses habían previsto para la ciudad que habría de fundar su linaje, por más que él nunca alcanzaría a vivirlo (*Aen.* VIII 310-369)⁵¹.

La tradición iniciada (¿o continuada?) por Hildeberto de Lavardin tuvo una legión de seguidores, nuevos peregrinos literarios en el camino obligado de cantar las ruinas de Roma; de algunos de ellos, el avaro paso del tiempo no nos quiso legar sus nombres, como es el caso del autor de esta composición que tan de cerca parece seguir las elegías del obispo de Le Mans:

Incerti de Roma antiqua

Qui Romam in media quaeris, novus advena, Roma,
et Romae in Roma nil reperis media,

⁴⁹ Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 9-10.

⁵⁰ La conciencia horaciana de la destrucción, incluso inminente, de Roma aparece de manera más explícita aún en los *Eposos* VII (vv. 9-10: *...ut secundum uota Parthorum sua / urbs haec periret dextera?*) y XVI (v. 2: *suis et ipsa Roma viribus ruit*), escritos durante los duros años de las guerras civiles que asolaron las tierras italianas a mediados del s. I a.C.

⁵¹ Siglos después, Petrarca incluyó también en el octavo libro de su *Africa* una imaginaria descripción de la Roma republicana a propósito de la visita de los embajadores cartagineses al Senado, que responde tanto a la que se hace de Cartago en el libro I de la *Eneida* como a ésta de Roma en el VIII.

aspice murorum moles, praeruptaque saxa,
 obrutaque horrenti vasta theatra situ.
 Haec sunt Roma: viden' velut ipsa cadavera tantae 5
 Urbis adhuc spirent imperiosa minas?
 Vicit ut haec mundum, visa est se vincere: vicit,
 a se non victum ne quid in orbe foret.
 Nunc victa in Roma Roma illa invicta sepulta est,
 atque eadem victrix victaque Roma fuit. 10
 Albula Romani restat nunc nominis index:
 quin etiam rapidis fertur in aequor aquis.
 Disce hinc quid possit Fortuna. Immota labascunt,
 et quae perpetuo sunt agitata manent⁵².

[Tú que buscas, recién llegado, a Roma en medio de Roma / y nada de Roma en medio de Roma encuentras, / mira las moles de sus muros y las rocas cortadas / y sus extensos teatros enterrados en lugar encrespado. / Esto es Roma: ¿no ves cómo los cadáveres mismos de tanta / ciudad causan todavía, indomables, pavor? / Así como ella al mundo venció, parece vencerse a ella misma: venció, / para que nada en el orbe hubiera no vencido por ella. / Ahora aquella Roma invicta, vencida, en Roma está sepultada / y vencedora y vencida son la misma Roma. / Queda ahora una pálida huella del nombre romano: / sin duda también lo llevarán al mar rápidas aguas. / Aprende de esto el poder de la Fortuna. Lo inmóvil perece / y lo que por siempre se mueve, perdura.]

Tampoco conocemos al autor del *Tractatus de rebus antiquis et situ Urbis Romae*, que redactó hacia 1411 este catálogo topográfico basándose aún no poco en los viejos *Mirabilia* y concibiéndolo como guía de viajeros⁵³. Otras veces los autores nos son bien conocidos, de modo que los trenos nostálgicos ante las ruinas de Roma corrieron paralelos a su investigación arqueológica⁵⁴. Petrarca o, en menor medida, Boccaccio, entre los foráneos⁵⁵, y Cola di Rienzo (ca. 1313-1354) o Giovanni Cavallini dei Cerroni, entre los roma-

⁵² Se lee en un volumen misceláneo, publicado en 1554 en Venecia por Gabriel Giolito, cuyo título es *Antonii Terminii Contursini Lucani. Iunii Albini Terminii Senioris. Molsae, Bernardini Rotae, equitis Neapolitani, et aliorum illustrium poetarum carmina*, fol. 64 r^o (Bibl. Nat. Y^c. 7964); fue traducido por Du Bellay (*Antiq.* III; vid. infra) y por Jean Doublet (tras sus *Élégies*, 1559), y convertido en trímetros yámbicos por Baif (*Carmina*, 1577, f. 25 v^o). Desde G. Colletet, *Traité du Sonnet*, 1658, p. 44, se atribuye a Janus Vitalis (ca. 1485-ca. 1560) y así aparece en *Carmina illustrium poetarum Italarum*, París, 1576, t. I, f. 283 v^o, y en *Delitiae cc. Italarum poetarum*, Francfurt, 1608, t. II, p. 1433; vid. Joachim Du Bellay, *Oeuvres poétiques. II. Recueil de sonnets*, ed. crítica de H. Chamard-H. Weber, París⁵, 1970 (1909), pp. 5-6.

⁵³ Véase su edición en *Codice topografico...*, vol. IV 110-150. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 69-70.

⁵⁴ Para los inicios de la arqueología, vid. Weiss, *o.c.*, en especial, caps. V-VII.

⁵⁵ Vid. R. Weiss, «Petrarch the Antiquarian», en *Classical, Medieval and Renaissance Studies in Honour of Berthold Louis Ullman*, Roma, 1964, vol. II, pp. 199-209; Weiss, *La scoperta dell'antichità...*, ya cit., cap. III, pp. 34-54; A. Schmitt, «Die Wiederbelebung der Antike im Trecento, Petrarca's Rom-Idee in ihrer Wirkung auf die Paduaner Malerei, die methodische Einbeziehung des römischen Münzbildnisses in die Ikonographie

nos, son ejemplos conspicuos, aunque no siempre acertados, del interés que, a partir del Trecento, sintieron los hombres más ilustrados por las glorias pasadas⁵⁶; por su parte, Giovanni Dondi abrió con su *Iter Romanum* (1375)⁵⁷ un camino luego recorrido por muchos, entre quienes ocupan un lugar decisivo la excelente *Descriptio urbis Romae* (1432-1434) de Leon Battista Alberti —de uso imprescindible también entre los artistas del momento, por sus minuciosas y abundantes ilustraciones⁵⁸— y Flavio Biondo, considerado el padre de la arqueología romana gracias tanto a su *Roma instaurata* (1444-1446) como a su *Roma triumphans* (1459)⁵⁹. También merece un puesto de honor en cualquier relato sobre la recuperación de la imagen física de la antigua Roma, Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), hombre erudito y apasionado por la Roma antigua que aprovechó su condición de papa (Pío II) para promulgar el 28 de abril de 1462 una Bula que pretendía proteger las ruinas de la ciudad de quienes buscaban en ellas materiales para levantar nuevos edificios⁶⁰; suyo se conserva un breve epigrama que justifica su ac-

‘Berühmter Männer’», *Mitteilungen des kunst historischen Instituts in Florenz*, 18 (1974), pp. 167-220. La impresión que causaron en Petrarca las ruinas de Roma en su primera visita a la ciudad en la primavera de 1337, guiado por el dominico Giovanni Colonna, está recogida en la carta que escribió a su acompañante poco después de su partida (*Ep. Fam.* VI 2); vid. E.H. Wilkins, «On Petrarch’s *Ep. Fam.* VI 2», *Speculum*, 38 (1963), pp. 620-622. Para Boccaccio, vid. Weiss, *o.c.*, pp. 50-53.

⁵⁶ Cola di Rienzo, hombre de vida agitada y trágico final, notario primero y político apasionado después, enamorado como nadie de las ruinas de Roma y de su pasada grandeza, es tenido también por el primer epigrafista; vid. Anónimo Romano, *La vita di Cola di Rienzo*, A. Frugoni (ed.), Florencia, 1957; Weiss, *o.c.*, pp. 44-48. Para Cavallini, vid. Weiss, *o.c.*, pp. 48-49.

⁵⁷ Dondi visitó, en calidad de peregrino, por primera vez Roma en la primavera de 1375 y su entusiasmo ante las ruinas fue extraordinario, de tal modo que el anticuario ganó el puesto al devoto; su descripción de la ciudad y de sus monumentos, que midió no siempre con precisión, se puede leer en *Codice topografico...*, ya cit., vol. IV, pp. 65-73. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 56-61.

⁵⁸ Véase su edición en *Codice topografico...*, vol. IV 212-222. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 104-105.

⁵⁹ El interés anticuario de Biondo, manifestado en no pocos escritos, culmina con una entrega de enorme aliento, su *Italia illustrata*. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 75-80; A. Mazzocco, «Rome and the Humanists: The Case of Biondo Flavio», en *Rome in the Renaissance: The City and the Myth. Papers on the Thirteenth Annual Conference of the Center for Medieval / Early Renaissance Studies*, P. A. Ramsey (ed.), Binghamton, Center for Medieval & Early Renaissance Studies, 1982, pp. 185-195.

⁶⁰ Naturalmente no fue el primero en quejarse de tanta desidia; algunas décadas antes el romano Francesco da Fiano, canciller de la ciudad, había alzado su voz con fuerza en ese mismo sentido e incluso se había prestado como guía de muchos jóvenes interesados; su discípulo Cencio Rustici sabía lo que hacía cuando en 1416 le escribe desde el concilio de Constanza incitándole a componer una invectiva contra quienes destruían las ruinas de la ciudad. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 65-66.

tuación y en el que, de nuevo, late el sentimiento del impacto entre el pasado y el presente, vivo ya en Hildeberto:

De Roma

Oblectat me, Roma, tuas spectare ruinas,
 ex cuius lapsu gloria prisca patet;
 sed tuus hic populus muris defossa vetustis
 calcis in obsequium marmora dura coquit.
 Impia tercentum si sic gens egeris annos
 nullum hic indicium nobilitatis erit⁶¹.

5

[Me gusta, Roma, contemplar tus ruinas / por cuya caída la gloria antigua se hace patente; / mas tu propio pueblo los duros mármoles arrancados / de los viejos muros cocina en honor de la cal. / Si por trescientos años así te comportas, linaje sin piedad, / ningún rastro de tu nobleza aquí quedará.]

Duele decir que fue escaso el efecto salvífico de disposiciones como ésta, ni siquiera respetada por el propio Pío II. Hubo otras bulas similares, incluso a corta distancia de la recién mencionada, como la promulgada por Sixto IV el 7 de abril de 1474, pero Roma siguió siendo, como antes y aún durante más de un siglo, la mejor y más económica cantera de Italia; los lamentos de los letrados apenas causaron mella ni en constructores ni en papas, cuya actividad edilicia se incrementó vertiginosamente y con enorme capacidad destructiva —al tiempo que surgía una nueva y espléndida ciudad— a lo largo de todo el siglo XV y aún más durante el siglo XVI. No resulta exagerado decir que, precisamente, la apasionada admiración nada pasiva por la arquitectura clásica fue la principal causa de la destrucción de sus frutos.

Mas siguiendo la línea marcada de manera tan señalada por los primeros humanistas, desde el siglo XIV y con sorprendente vigor durante el siglo XV, se suceden sin interrupción los estudios sobre la topografía de la ciudad, en muchas ocasiones obra de eruditos viajeros, italianos sobre todo, cautivados por las ruinas de Roma y su grandioso pasado. Las visitas de tales hombres propiciaron, en efecto, un mejor conocimiento de la arqueología romana y, a su vez, la abundancia de estudios llamó a nuevos peregrinos sedientos del saber antiguo. Ése es el apasionado ambiente, de obligada aceptación entre los eruditos del Quattrocento, que anima la creación de tantas otras obras empeñadas por desvelar el rostro primigenio de las ruinas de Roma, como la *De Fortunae varietate urbis Romae et de ruina eiusdem descriptio* (1448) de Poggio Bracciolini⁶², como los *Excerpta* recogidos de boca de

⁶¹ *Epigr. xxxi*; vid. *Renaissance Latin Verse. An Anthology*, comp. y ed. de Alessandro Perosa y John Sparrow, Londres, Duckworth, 1979, pp. 32-33.

⁶² Véase su edición en *Codice topografico...*, vol. IV 230-245. Poggio se había interesado por la cuestión de los restos del pasado ya en un temprano viaje que hizo a Roma, en

Pomponio Leto por un discípulo suyo (*post* 1484), mientras él actuaba de guía de un viajero extranjero⁶³, como el *De urbe Roma* de Bernardo Rucellai (*post* 1495), hijo del Giovanni Rucellai del que ya se ha dicho, que visitó la ciudad por primera vez en 1471 de mano del mismísimo Alberti y llegó a ser uno de los mayores expertos en la materia⁶⁴, como el famoso *Opusculum de mirabilibus novae et veteris urbis Romae* de Francesco Albertini, ya a comienzos de la centuria siguiente, en el que resulta evidente la intención de sustituir definitivamente los viejos *Mirabilia* por una presentación amena y modernizada de la Roma antigua y contemporánea a los viajeros cultos que la visitaban⁶⁵; o, por finalizar con esta selección de algunas de esas obras, como los *Antiquaria Urbis* de Andrea Fulvio (1513), en hexámetros latinos luego convertidos en voluminosa prosa, mucho más rica en información, bajo el título de *Antiquitates urbis Romae* (1527) pocas semanas antes de que se produjera el saqueo de la ciudad por las tropas del emperador, que supuso la interrupción durante un tiempo de toda esta actividad⁶⁶. Mención aparte merece, ya fuera del ámbito estrictamente medieval, la ingente labor desarrollada por Rafael de Urbino que desde 1509 intentó llevar a cabo, primero quizás por encargo de Julio II y luego de León X, un cuidadoso registro de todo lo que aún sobrevivía al paso del tiempo y a la incuria de los romanos, con el fin de levantar un plano fidedigno de la Roma imperial; la muerte le sorprendió en 1520 antes de acabar la empresa pero su trabajo resultó decisivo para la definitiva constitución correctamente interpretada de la imagen antigua de la ciudad⁶⁷.

Aún es preciso sumar a todo lo dicho tantas cartas en donde se contienen las impresiones de los incesantes viajeros a la vista de las ruinas de la ciudad⁶⁸, y esos otros tratados, no menos numerosos, empeñados en explicar

1403, con motivo del cual Coluccio Salutati le pidió que le enviase copias de inscripciones latinas (*Epist.* III 655); por lo que respecta al *De Fortunae varietate*, cabe decir que desde el propio título se observa la reiteración de la interpretación medieval de las ruinas de Roma, por más que el tratamiento sea en este caso de talante humanista. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 63 y 71-75.

⁶³ Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 88-89.

⁶⁴ Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 90-93.

⁶⁵ Y, sin duda, lo consiguió en buena medida, pues fue reimpresso cinco veces entre 1510 y 1523. Véase la edición de la parte correspondiente a la Roma antigua en *Codice topografico...*, vol. IV 462-546; vid. Weiss, *o.c.*, pp. 97-99.

⁶⁶ Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 100-101.

⁶⁷ Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 108-110.

⁶⁸ Sirva como ejemplo la del paduano afincado en Florencia Pier Paolo Vergerio, escrita a un amigo quizás a principios de 1398 (*Epist.* 211-220), donde se contiene una descrip-

las instituciones de la vieja Roma⁶⁹. Pero antes de seguir más lejos, quiero recordar ahora también que nuestro Alfonso de Palencia parece haber compuesto un tratado, hoy perdido, en el que se describían los edificios de Roma, puesto que se conserva la que podría haber sido epístola dedicatoria⁷⁰ y trata del mismo tema no sólo en su *De perfectione triumpho militaris* sino también en una carta dirigida a Jorge de Trebisonda, que ha de fecharse hacia 1465, en la que dice así:

Romam vides; qualis fuerit non ignoras; nomen durat; ruina conspicitur; Itali undecumque conveniunt, intuentur, admirantur, rationem prostatorum jam edificiorum conjectare vix queunt. Fedus iste conspectus per oculorum fenestras animum ledit: ruet igitur forte ornatus in mente, velut dirupta prosce magnitudinis palatia videntur nimirum...

[Contemplas Roma; no ignoras cómo ha sido; su nombre perdura; se ven las ruinas; los italianos vienen de cualquier parte; la contemplan, la admiran, apenas pueden reconocer la traza de los edificios asolados. Esa fea visión hiere el alma por las ventanas de los ojos; por esta casualidad su sentido de armonía se derruye, justamente por haber contemplado tan largamente estos palacios despojados de su antigua grandeza.]⁷¹

El testimonio de Alfonso de Palencia es particularmente precioso por haberse sabido mostrar en otros lugares como un fino observador de paisajes urbanos, entre los que ensalza, de manera muy particular, el de Florencia, en esta misma carta y por contraste con el de Roma, y el de Sevilla contenido como motivo principal y muy por extenso en la carta nº 2, la dirigida al arcediano de Carrión⁷².

ción sobre todo de la Roma sacra; también aquí fluye la admiración de la grandeza pasada ante el mar de ruinas, entonces en pleno proceso de expoliación, que se extendía ante sus ojos. O la de Bartolomeo Fonzo a Battista Guarino de abril de 1472 (*Epist. libri III* 10-12), donde da cuenta de los monumentos que más le han impresionado. Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 64-65 y 89-90, respectivamente.

⁶⁹ Vid. Gómez Moreno, *o.c.*, pp. 253-255.

⁷⁰ Vid. *Alfonso de Palencia: Epístolas latinas*, ed., pról. y trad. de Robert B. Tate y Rafael Alemany Ferrer, Barcelona, Univ. Autónoma, 1982, p. 44; dice así: *Volui equidem in edificiorum omnium proprietate ceterisque picturarum adumbrationibus, que magisterii jactanciam dicunt, terrere tempus. Verumtamen, ut situm Romane urbis partesque ejus digniores possem rogatu tuo significare, diligenter studui. Tu qui jamdudum attentissime Romana vidisti edificia, si error picture inest emendare curato. Alfonsus Palentinus.*

⁷¹ *Ibidem*, p. 60.

⁷² *Ibidem*, pp. 34-41.

Pero no sólo había anticuaristas o arqueólogos entre los viajeros que visitaban la ciudad y se quedaban prendidos de su imagen. En ocasiones, esos peregrinos eran muy señalados; hacia 1432-1433, por ejemplo, Ciriaco d'Ancona sirvió de guía nada menos que al emperador Segismundo en una visita a las ruinas de Roma. Y también merecen recuerdo los que, al igual que mucho antes Hildeberto, dejaron constancia de sus sentimientos —desnudos de erudición pero llenos de encanto— a través de la poesía en estos tiempos de estudio frenético. Es el caso de gentes como el florentino Cristóforo Landino (1424-1498), miembro de la Academia Platónica de Marsilio Ficino, que nos legó esta visión de Roma en una elegía de su colección de poemas titulada *Xandra*:

De Roma fere diruta

Et cunctis rebus instant sua fata creatis,
 et, quod Roma doces, omnia tempus edit;
 Roma doces, olim tectis miranda superbis,
 at nunc sub tanta diruta moles iaces.

Heu, quid tam Magno, praeter sua nomina, Circo 5
 restat, ubi Exquilias sola capella colit?
 Nec sua Tarpeium servarunt numina montem,
 nec Capitolas Iuppiter ipse domos.

Quid Mario, Caesar, deiecta tropaea reponis, 10
 si quod Sylla fuit, hoc sibi tempus erit?
 Alta quid ad caelum, Tite, surrigis amphitheatra?
 ista olim in calcem marmora pulchra ruent.

Nauta Palatini Phoebi cantaverat aedes:
 dic tua, dic Phoebe, nunc ubi templa manent?

Heu, pudit statuas Scopae spectare refractas: 15
 haec caput, ista pedes, perdidit illa manus;
 nec te Praxiteles potuit defendere nomen
 quominus ah, putris herma, tegaris humo;
 hanc nec Phidiaca vivos ostendere vultus
 arte iuvat: doctus Mentor ubique perit. 20

Quin etiam Augusto Stygias remeare paludes
 si licet et vita rursus in orbe frui,
 inquirens totam quamvis percursitet urbem,
 nulla videre sui iam monumenta queat⁷³.

[No sólo los propios hados a todo lo creado amenazan, / sino que, según nos enseñas, Roma, el tiempo todo devora; / tú nos lo enseñas, Roma, antaño admirable por tus edificios soberbios, / mas ahora yaces informe bajo tantos despojos. / ¡Ay! ¿qué del Circo Máximo, excepto su nombre, / perdura, cuándo una sola cabrilla en las Esquilias habita? / Ni sus dioses salvaron al monte Tarpeyo / ni su templo capitolino el mismísimo Júpiter. / ¿Por qué, César, a Mario sus trofeos caídos repones / si lo que Sila fue, eso será el tiempo para él? / ¿Por qué hasta el cielo, Tito, alzas anfiteatros altivos? / Esos mármoles, hermosos antaño, en cal se convierten. / El navegante del Palatino cantaba al templo de Febo: / dime, Febo, dime, ¿dónde está ahora tu templo? / ¡Ay! duele contemplar las estatuas de

⁷³ *Xandra* II xxx; vid. Perosa-Sparrow, *o.c.*, pp. 38-39.

Escopas quebradas: / ésta la cabeza, ésa los pies, aquélla las manos perdió; / ni a ti, Praxiteles, pudo defenderte tu nombre, / para no ocultarte, ay, hermes ruinoso, en el suelo; / ni agrada que ésta nos muestre los rostros vivos / gracias al arte de Fidias: el sabio Méntor por doquier perece. / Si pudiera Augusto regresar de los estanques Estigios / y gozar de la vida en el mundo de nuevo, / por más que recorriese la ciudad entera buscando, / no podría ver ya ninguno de sus monumentos.]

Quizás tienen ahora para nosotros aún más interés las expresiones del impacto que causaban las ruinas de Roma a los viajeros venidos de lejanas latitudes, como es el caso de Janus Pannonius, ya citado, o de Conradus Celtis (o Konrad Pickel, 1459-1508), nacido en Wipfeld cerca de Würzburg, cuya biografía ilustra de manera ejemplar la vida de un humanista centroeuropeo en los todavía tempranos años de finales del siglo xv⁷⁴. Celtis editó varios textos clásicos y fue el descubridor de las comedias de Hroswitha y de la Tabula Peutingeriana pero es más conocido por su poesía, agrupada básicamente en tres colecciones⁷⁵ que reflejan su vida viajera, sus amores⁷⁶, sus amistades y sus variopintas aventuras; de él se suele subrayar su capacidad para observar y describir los aspectos característicos de las ciudades, de los pueblos y de los paisajes que conoció. Pues bien, de entre esas composiciones, me gustaría presentar ahora una de notable atractivo para el asunto que nos ocupa, pues se refiere a un insólito y famoso hecho acaecido en Roma, donde él se encontraba en abril de 1485: unas excavaciones en la Vía Apia sacaron a la luz, el día 18 de ese mes, un sarcófago de mármol con el cuerpo de una muchacha romana, inmediatamente identificada con Tuliola, la hija de Cicerón; el cadáver, perfectamente conservado, fue exhibido en el

⁷⁴ De origen humilde, abandonó su casa a los 18 años de edad para estudiar literatura y teología en Colonia; poco después, atraído por la fama de Rodolfo Agrícola, se trasladó a Heidelberg, donde se licenció en 1485. A partir de entonces emprendió una vida de viajes continuos que le llevaron primero a varias ciudades de Alemania, luego a Italia, Polonia, Hungría y Bohemia. En el curso de tales andanzas, creó varias *sodalitates*, cuyo objetivo era infundir la nueva vida en el estudio de la antigüedad. En 1487, el emperador Federico III lo coronó como poeta laureado en Nüremberg; en 1492 se hizo profesor en Ingolstadt; Maximiliano de Habsburgo lo nombró Profesor de Poesía en Viena en 1497 y en 1501 lo colocó al frente del «Collegium Poetarum et Mathematicorum», recién fundado en esa ciudad, donde murió.

⁷⁵ La primera comprende, a la manera de Ovidio, cuatro libros de *Amores*, dedicados al emperador (Nüremberg, 1502); la segunda, a la manera de Horacio, cuatro libros de odas, un libro de epodos y un *Carmen Saeculare* (Estrasburgo, 1513); y la tercera, cinco libros de epigramas. Escribió también un *Ludus Dianae* (Linz, 1501), una inacabada *Germania generalis* (que pretendía ser una extensa descripción poética de Alemania) y varios discursos y cartas.

⁷⁶ Las cuatro historias de amor incluidas en sus *Amores* —cuyas heroínas son la joven polaca Hasilina, la bávara Elsula, Úrsula de Maguncia y Bárbara de Lübeck— se insertan de manera poco feliz como hitos de un itinerario que recorre las cuatro regiones más distantes de Alemania.

Campidoglio ante una enorme cantidad de público que acudió a verlo, y luego vuelto a enterrar en secreto por orden del papa Inocencio VIII⁷⁷. Éste es el epigrama con el que Conrado Celtis dejó constancia de la vivísima impresión que había causado en él, como en otros muchos, tal acontecimiento:

De puella Romae reperta

Annos mille super tumulo hoc conclusa iacebam;
 haec nunc Romanis extumulata loquar:
 non veteres video Romano more Quirites,
 iustitia insignes nec pietate viros,
 sed tantum magnas tristi cum mente ruinas
 conspicio, veterum iam monumenta virum.
 Si mihi post centum rursus revideberis annos,
 nomen Romanum vix superesse reor⁷⁸.

5

[Mil años hace que en esta tumba encerrada yacía; / ahora, desenterrada, esto a los romanos les digo: / no veo a los antiguos Quirites según la moda romana, / ni a hombres de piedad y justicia probadas, / mas tan sólo con mucho pesar enormes ruinas / contemplo, recuerdos ya de hombres antiguos. / Si me vierais tras cien años de nuevo, / apenas quedaría, creo, el nombre romano.]

En esta misma tradición de fascinación por las ruinas de Roma y su melancólica evocación del pasado, se encuentra también Ulrich von Hutten (1488-1523), nacido de linaje noble en Stockelburg, cerca de Fulda, que, con su inagotable actividad como estudiante, soldado, viajero, escritor y reformista, testimonia de manera eficaz las inquietudes de muchos hombres de su siglo⁷⁹. Durante su segunda visita a Italia, von Hutten pasó algún tiem-

⁷⁷ Un relato completo de este descubrimiento, que fue celebrado en prosa y en verso por varios humanistas, se debe a Bartolomeo Fonzio en una carta a Francesco Sasseti (*Fonti epistolarum libri III*, ed. J. Juhász, Szeged, 1931, pp. 32 ss.). Vid. Weiss, *o.c.*, pp. 117-118.

⁷⁸ *Epigr.* III, XL. Vid. Perosa-Sparrow, *o.c.*, p. 417.

⁷⁹ Inició carrera religiosa en el monasterio de Fulda pero la abandonó en 1505. A partir de entonces, pasó de una universidad alemana a otra, e hizo dos viajes a Italia: en 1512-13, como soldado en la guerra contra Venecia; después, en 1515-17, fue a Bolonia a completar estudios de leyes y a Roma, donde conoció a muchos humanistas. De vuelta a Alemania, fue coronado como poeta laureado por Maximiliano y entró al servicio del Arzobispo Alberto de Maguncia, compartiendo amigos con Erasmo cuyos ideales aceptaba. Sus escritos se volvieron más polémicos y más profundamente nacionalistas y antipapales. Estuvo de parte de Reuchlin en su polémica con Pfefferkorn, y colaboró con él en la segunda parte de las *Epistolae obscurorum virorum* (1516), al tiempo que se alineaba junto a Lutero en su batalla contra la Curia romana. Tras la Dieta de Worms (1521) acompañó a su protector, Franz von Sickingen, en la promoción de la Liga de los Caballeros. Cuando fracasó la revuelta propiciada por esta Liga, regresó a Suiza, y murió en la isla de Ufenau en el lago de Zurich. Von Hutten fue un hombre orgulloso y tenaz; su originalidad de pensamiento y su temperamento satírico se muestran por igual en su prosa (v. gr., en sus cartas, en sus discursos y en sus diálogos lucianeos) y en

po en 1516 en Roma, desde donde envió una serie de epigramas a su amigo Crotus Rubianus (Johann Jaeger), futuro rector de la Universidad de Erfurt y luego, tras abandonar la causa de Lutero, canónigo en Halle; en uno de ellos, vuelve a latir, ahora ambientado en el conflicto espiritual que se cernía sobre el occidente cristiano, el mismo sentimiento de contraste entre el pasado y el presente de la Ciudad Eterna, ahora centrado no en el paisaje físico de la ciudad, sino en el humano y, en concreto, en la curia:

Ad Crotum Rubianum de statu Romano

| | |
|---|----|
| Vidimus Ausoniae semieruta moenia Romae, hic ubi cum sacris venditur ipse Deus: | |
| ingentem, Crote, Pontificem sacrumque Senatum et longo proceres ordine Cardineos; | |
| tot scribas vulgusque hominum nihil utile rebus, | 5 |
| quos vaga contacto purpura vestit equo; | |
| tot, Crote, qui faciunt, tot qui patiuntur, et illos orgia qui vivunt cum simulent Curios; | |
| rursum illos, qui nec simulant bona nec bene vivunt, qui ridet mores exsibilantque bonos, | 10 |
| quos iuvat esse malos, quibus et licet, in iuga quorum consensit miseris Teutona terra modis; | |
| qui dant quique vetant, qui quos clausere recludunt arbitrio caelos distribuuntque suo. | |
| Romanas, neque enim Romanos! omnia luxu, omniaque obscenis plena libidinibus. | 15 |
| Atque haec post Curios, Pompeios atque Metellos —o mores atque o tempora— Roma tulit! | |
| Desine velle sacram imprimis, Crote, visere Romam: Romanum invenies hic, ubi Roma, nihil ⁸⁰ . | 20 |

[Vimos las murallas medio arrasadas de Roma ausonia, / aquí donde se vende con todo lo sacro el mismísimo Dios: / al Pontífice, Croto, imponente y al sacro Senado / y a los próceres cardíneos en largo desfile; / a tantos secretarios y a una muchedumbre inútil para los asuntos mortales, / a quienes púrpura abundante viste en caballo cubierto; / a tantos, Croto, que hacen, a tantos que sufren, y a aquéllos que viven sus fiestas, fingiéndose Curios; / de nuevo, a aquéllos que ni fingen nada bueno ni viven bien, / que se burlan de las costumbres y silban a los buenos, / a los que gusta ser malos, y a quienes se les permite, cuyos yugos / aceptó por desgracia la tierra teutona; / los que dan y los que prohíben, los que abren a su antojo / los cielos que cerraron y también los reparten. / ¡Romanas, que no romanos! todo lleno de lujo / y todo de obscenas pasiones. / ¡Y esto tras los Curios, Pompeyos y Metelos / —oh costumbres y oh tiempos— Roma soporta! / Deja de querer ver por encima de todo, Croto, a Roma sagrada: / aquí, donde Roma, nada romano has de encontrar.]

muchos de sus poemas alemanes y latinos (epigramas, elegías, panegíricos, etc.). Él mismo se publicó la primera colección de sus poemas (Augsburg, 1519); en 1538, Eobanus Hessus publicó una colección más extensa en Frankfurt an Main; su obra completa ha sido publicada en siete volúmenes por E. Boecking (Leipzig, 1859-70).

⁸⁰ *Epigr.* 1; vid. Perosa-Sparrow, *o.c.*, p. 432.

Todos estos antecedentes y, sin duda, otros más, que por sí solos evidencian la enorme impresión que la contemplación de las ruinas de Roma causaban en los espíritus más sensibles de la última Edad Media y del incipiente Renacimiento, determinan, a su vez, la disposición anímica y la expresión artística de Jean du Bellay (ca. 1525-1560)⁸¹, cuyas composiciones en latín y ya por fin en una lengua vulgar, el francés, constituyen un hito literario de primera magnitud en el desarrollo del tema que nos ocupa. Entre las latinas, destacan por merecidas razones la extensa elegía titulada *Romae descriptio* (*Poemata: Elegiae* II) y la más breve titulada *Romae veteris* (*Poemata: Tumuli* I)⁸²; en la primera de éstas, llena de pasión poética, tras la descripción de las ruinas de la ciudad y la consiguiente reflexión sobre el final inevitable de todo lo material, sigue una exaltación vigorosa de raigambre clásica a propósito de la inmortalidad de la poesía. Mientras que en la segunda se subraya la imagen de Roma como sepultura de sí misma; dice así:

Romae veteris

Montibus e septem totum diffusa per orbem,
 sidera sublimi vertice Roma tuli.
 Sub pedibus terras utroque ab litore pressi,
 Athlantem tenuit dextra, sinistra Scytham.
 Iuppiter hos etiam disiecit fulmine montes,
 et tumulos iussit corporis esse mei. 5
 Incubuit capiti rupes Tarpeia nostro,
 pressa Quirinali pectora nostra iacent.
 Crura Palatinus, geminos hinc inde lacertos
 collis Aventinus, Vimineusque tegunt. 10
 Exquiliae hinc surgunt et surgit Coelius illinc:
 haec quoque sunt pedibus facta sepulchra meis.
 Sic quae viva sibi septem circumdedit arceis,
 mortua nunc septem contegitur tumulis.

[Desde mis siete colinas extendida por el orbe completo, / sostuve los astros yo, Roma, con mi sublime cabeza. / Bajo mis pies sujeté tierras de ambas riberas, / retuvo mi diestra el Atlas, mi izquierda la Escitia. / Júpiter también separó con su rayo estas colinas / y mandó que fueran de mi cuerpo sepulcros. / Reposó en nuestra cabeza la roca Tarpeya, /

⁸¹ Nacido en Liré, en Anjou. Fue a París aún joven y se hizo amigo de Ronsard, pupilo de Dorat, y miembro prominente de la Pléiade; publicó en 1549 un opúsculo —su *Deffense et Illustration de la Langue Françoysse*— que se convirtió en el manifiesto del grupo, y también su primer libro de poemas, *Cinquante Sonnets a la louange de l'Olive*. En 1553 acompañó a su tío, el cardenal Jean du Bellay, a Roma, donde estuvo varios años como miembro del séquito del cardenal. En Roma escribió un gran número de poemas en latín y a su regreso a París publicó en 1558 sus *Poematorum libri quatuor*, que incluyen *Elegiae*, *Amores*, *Epigrammata* y *Tumuli*.

⁸² Vid. Joachim du Bellay, *Oeuvres poétiques. VII. Oeuvres latines: Poemata*, ed. de G. Demerson, París, Nizet, 1984, pp. 36-45 y 168-169, respectivamente.

nuestros pechos yacen por el Quirinal oprimidos. / Las piernas el Palatino, y mis brazos gemelos / la colina Aventina y el Viminal los recubren. / De aquí surgen las Esquilias y surge el Celio de allí: / también ellos son de mis pies los sepulcros. / Así, la que viva abrazó para sí siete montañas, / muerta está por siete túmulos ahora tapada.]

Mas si hay alguna composición del poeta de la Pléiade a propósito del impacto que la visión de las ruinas romanas causaban en el viajero, que goce de más fama, ésa es, sin duda, el soneto tercero de la colección de 32 que du Bellay tituló *Les antiquitez de Rome*, traducción en lengua vulgar precisamente de la composición latina atribuida a Janus Vitalis mencionada más arriba y traducido a su vez por nuestro Quevedo en su famoso «Buscas a Roma en Roma, oh peregrino». Éste es el soneto francés:

Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome
et rien de Rome en Rome n'apperçois,
ces vieux palais, ces vieux arcz que tu vois,
et ces vieux murs, c'est ce que Rome on nomme.

Voy quel orgueil, quelle ruine: & comme
celle qui mist le monde sous ses loix,
pour donter tout, se donta quelquefois,
et devint proye au temps, qui tout consomme.

Rome de Rome est le seul monument,
et Rome Rome a vaincu seulement.
Le Tybre seul, qui vers la mer s'enfuit,

reste de Rome. O mondaine inconstance!
Ce qui est ferme, est par le temps destruit,
et ce qui fuit, au temps fait resistance.

Pero en el momento en que du Bellay compone estos célebres poemas, la recuperación, el estudio y la interpretación de la Roma antigua hacía tiempo que era una actividad generalizada y febril que ocupaba a papas, eruditos y artistas, de manera que a finales del siglo XVI esas ruinas misteriosas y legendarias, que tanta fascinación causaron a los viajeros —peregrinos, poetas y estudiosos— del Medievo, habían sido sustancialmente descifradas, con lo que la topografía literaria de las fuentes antiguas poseía ya, en la mayor parte de los casos y allí donde aún sobrevivían restos, su correlato físico concreto, no imaginario.